

Rubén Ortiz-Lamadrid

La Legión de la Decencia

Junio 25/53 m

CON una moral de manga muy ancha pudiera llegar a interpretarse que la Legión de la Decencia exagera cuando sus miembros se escandalizan y bajan los ojos ruborosamente ante la humanidad espléndida de Silvana Pampanini. Acostumbrados a otras exhibiciones más descarnadas de un medio social corrompido, particularmente licencioso en la postguerra,—de lo que son exponente bien sucio las películas francesas—, cualquiera diría que es un abuso el que se comete con la magnífica actriz italiana, quien, a lo mejor, es una recatada ama de casa. Pero bien mirado el problema, resulta que no es así la cosa, y que los que protestan de esa argumentación un tanto folletinesca sobre la cual descansan las escenas de "La Mujer que Inventó el Amor", están en su perfecto derecho, porque si bien es cierto que Silvana no muestra en toda la cinta ni siquiera el borde de la enagua, no lo es menos que resulta el eje de situaciones muy cínicas.



LAMADRID

Ni que hablar, por supuesto, del film que la acompaña, donde Rossellini, inaugurando esa técnica, casi muda y cansona, con que después destruyó a Ingrid Bergman en Stromboli, nos presenta un crimen que espanta. De ambos escándalos ha sido informado el gran público oportunamente y, por supuesto, ello le ha servido de un reclame gratis a dichas películas que, de haberse pagado, hubiera representado unos cuantos miles de pesos, porque lo evidente es que con posterioridad a la protesta de la Legión de la

Decencia, los teatros donde se "corren" esas cintas cinematográficas han estado de bote en bote, aunque más de un ciudadano al que se le había hecho agua la boca por anticipado, prometiéndose golosamente el espectáculo de Silvana en la intimidad, se haya quedado con un palmo de narices, viendo cómo la italiana realiza toda la película sin descuido alguno que permita disfrutar, ni siquiera fugazmente de algo prohibido.

Lo que importa, pues, es el tema. Y ahí es donde, por supuesto, las autoridades tienen tela de sobra por donde cortar. El Ministro de Gobernación descarga toda responsabilidad en el hecho de que la Comisión Revisora de Películas, había aprobado la exhibición de ambas cintas. Ahora la pregunta es: aprobada ¿para quiénes? ¡Ah, pues para todo el que haya rebasado la edad de los doce años! Cabe interrogar, ¿qué clase de valoración intelectual y moral es ésta? Porque, según mi leal saber y entender es, precisamente entre los doce y, digamos, los dieciocho o los veinte años, cuando se forma la conciencia, se desarrolla el intelecto y se fijan los principios morales.

En mi concepto, es mucho más nocivo permitir el contacto de las mentes y de los espíritus con esas torpes suciedades nada aleccionadoras, sin moraleja constructiva alguna, entre los doce y los veinte años, época en que la interpretación de las situaciones, cualesquiera que éstas sean, puede influenciar insensiblemente al individuo, que de los doce años para abajo, cuando no se comprenden y más bien aburren, sin peligro quizás de que dejen en el alma impresión consciente alguna.

"Prohibida para menores de doce años." Así reza el cartelito célebre que, además, en la mayor

parte de los casos, nada previene ni impide, si el pequeño satisface el valor total del ticket de entrada. Ahora yo deseo que alguien me diga ¿qué cosa es un muchacho de trece, catorce, quince o más años, hasta los dieciocho o los veinte, sino una placa fotográfica, en extremo sensible a la percepción de todo lo exterior, o una arcilla blanda, moldeable, rigurosamente expuesta a los desig-nios del escultor?

Esas almas, principalmente, en el albor de la conciencia, en el momento más delicado de la formación del intelecto y de la moral, son las que se abandonan a la licencia de espectáculos que tienden a deformarlas, presentándoles solamente el lado puerco de una existencia que, para mayor agravante de la infamia que se comete con ellas, constituye excepción en nuestro medio, todavía felizmente a gran distancia de la corrupta desesperación característica de algunos pueblos de Europa, exacerbados en la postguerra. O lo que es lo mismo, a falta de motivos genéricos de degeneración doméstica, importamos vicio a paletadas y se lo ofrecemos a la juventud, en sus años primitivos, espontáneos, saludables, para que se puerque.

Así es cómo veo las cosas. En esto de la Legión de la Decencia hay un principio pedagógico, una función de disciplina y una aspiración de valoración y de dirección moral, y nadie que se respete puede considerarlo despectivamente, sobre todo si tiene hijos en edades críticas y no desea que se les estremezca el alma ante el impacto brutal de las sucias situaciones que presentan,—so pretexto de eso que han dado en llamar existencialismo y no es otra cosa que la miseria más inmundada—, muchos "films" europeos, con los que hacen zafra, sin escrúpulos, los mercaderes del patio.